

CELCIT. Dramática Latinoamericana 185

FRÁGIL

César Brié

Personajes: 10

LUCÍA

MADRE

PADRE

ABUELO

PORTERA

HIJO

PADRE ANACLETO

CAMARERO

CARLOS

ENRIQUE

Música Monteverdi. Entra LUCÍA con un vestido blanco de papel y arrastrando un corazón de gelatina.

LUCÍA: Mira, dónde vinimos a parar. Dónde vine a parar. ¡Qué lugar! ¡Lindo lugar! Dónde vine a parar por no escucharte... DÓNde vine a parar por no oírte. Qué lugar... ¡lindo lugar! Ven, vamos, no te hagas rogar, eres pesado ¿sabes? Este vacío, aquí dentro, es pesado. ¿Pero hay que amar y aceptar también este cansancio? ¡Cansancio! ¿cansancio de qué cosa? ¿Y no dices nada? Me das pena, pareces un animalito muerto. Pero a veces temo que te escaparás y explotarás. Entonces te pongo en una jaula, en jaula. No te hagas el vivo, no te hagas. ¿Eh, qué dices? Me confundes, me inquietas, si no se entiende lo que dices es mejor

que te calles. Callado, no digas nada. ¿Dónde te perdí? ¿Cuando me abandonaste? (Toma el corazón en las manos) Estás frío, tiemblas, oh pobrecito. ¿Pero qué hay debajo? ¿Qué había antes? Pero si es todo mentira. (El corazón cae a pedazos y le ensucia el vestido. Ella arranca el vestido) ¿Qué hay debajo? Hay que tener un horizonte alto... Hay que alzar la mirada. Hay que fluir, intuir, recordar tal vez, y luego andar, andar.

El ABUELO trae el baúl. LUCÍA se encierra en el baúl. Los demás limpian.

MADRE: ¿Qué ha hecho ahora?

PADRE: Se ha vuelto a meter en el baúl.

MADRE: (Abre el baúl) Claro, en el baúl puedes quedarte, porque afuera siempre hay alguien que te cuida. ¿Qué harás cuando yo no esté más? Llegará el día en que me habrás hecho morir de disgustos. Quiero ver, entonces, cómo vas a arreglártelas en la vida.

LUCÍA: Mamá no soporta que yo viva aquí. Quiere que sea normal, yo trato... no sé que es lo que ella entiende por normal. Mamá dice que la hago morir de disgusto. Busqué en la enciclopedia... no encontré casos de muerte por aflicción. Soy la primera que mata a su madre de ese modo. Si ella me lo pide debo contentarla. No me queda más que perfeccionarme en esta parte de hija asesina.

PADRE: (Cierra el baúl) No dejen abierto, se va a resfriar.

MADRE: (Abre el baúl) ¿Quién cierra? ¿Cómo va a poder respirar?

PADRE: (Cierra el baúl) Cierren. Se va a resfriar. No por vivir en el baúl la nena tiene que morir de pulmonía.

MADRE: (Abre el baúl) Hay que ventilar. ¿O quieren que se la coman los piojos, que se enferme de escorbuto? ¿No ven que el baúl le sirve de mesa, de cama, de armario?

LUCÍA: Cuando me instalé en el baúl dijeron que era un capricho, luego se enojaron, ahora se resignan. Aquí dentro se ven las cosas de otro modo. Es como si también el baúl tuviera ojos... eso me ayuda... sus ojos son más tranquilos que los míos.

ABUELO: (En el frente) Lucía tiene un cuerpo. Es de carne, como la que

arrastramos cuando nos vamos por ahí, como la que se ve en los hospitales. Ese cuerpo late, porque tiene un corazón, pero en ese latido se esconde un pensamiento. Por eso late de otro modo. Porque piensa, desentona. No tiene el ritmo de la familia. Ella no lo sabe porque ese corazón está escondido en ella. Está allí, acurrucado, ignorante de sí, un grumo de pensamiento sin inteligencia. La MADRE lanza el plato que atraviesa la escena.

MADRE: Comé.

LUCÍA: A veces mis padres se parecen a la policía. Delirio de poder, omnipotencia. Deciden conductas, castigos. También se distraen, se olvidan. El polvo del techo cae en mi cabeza... Se forma caspa. Las uñas negras de papeles, de restos de migas...

El PADRE hace masticar a LUCÍA los espaguetis crudos en el baúl.

PADRE: a ver m'hijita, los espaguetis, los que te gustan tanto. Salvado... Así, Un poco más. Uno por el ABUELO, otro por mami, otro por papi, por el tío Pepe. Ruido de los dientes rompiéndolos.

ABUELO: La familia se ocupa de Lucía como de un mueble. Cada mañana le pasan el plumero en la cabeza, le barren los pies, sacuden sus vestidos con ella dentro. El primer domingo de cada mes la lavan con jabón en polvo, le ponen gel en los cabellos, aceite en las articulaciones, controlan que la piel de la cara y las manos no esté agujereada de termitas y luego de haberle puesto un vestidito rosado y un collar en el cuello la empujan a la iglesia para que el cura la bendiga.

La MADRE ha distribuido objetos de limpieza. Escoba al PADRE, y ella con plumero se colocan alrededor del baúl. Ella sale del baúl. La limpian.

La MADRE se limpia con el plumero. El PADRE se excita. El ABUELO lleva a LUCÍA dentro del baúl. El PADRE se lamenta de placer mientras la MADRE se limpia.

Desaparecen detrás de los biombos.

PADRE: Rodillita... ahí... despacio, despacio... ah ah ah. La vueltita la vueltita la vueltita... ah, ah ah, sí, ahí no ahí no ahí no, AAAAHHH.

LUCÍA: Cuando ellos se van a dormir, siempre se olvidan algo. Un pañuelo, un sombrero, una pipa. Yo se los robo. Los escucho de noche, descubro los rastros... Ellos no saben, cuántos secretos se quedan en sus objetos. Ellos me espían, yo los

observo. Ellos me quieren, yo los traiciono. Ellos no me entienden, ni siquiera saben que a veces, pienso mal de ellos.

PADRE: Lucía, mi amor, al que madruga, Dios lo ayuda... pero ojo, eh?, que no por mucho madrugar se amanece más temprano. Y acordate que más vale malo conocido, que bueno por conocer.

MADRE: Lucía, cuando dije que no quería verte más, era sólo un modo de decir. ¿Lucía, me oyes? ¿Estás bien? Tienes frío ¿Tienes hambre? ¿Respiras?

Sacude el baúl y se va.

El ABUELO canta. LUCÍA canta con él y abre la puerta. Sale, va al frente.

LUCÍA: Mi abuelo era un desgraciado con su mujer, tal vez tampoco haya sido un buen padre, pero es mi gran único abuelo... ¿qué voy a hacer?

El PADRE arroja un plato de un plato de espaguetis.

PADRE: Comé.

LUCÍA arroja espaguetis y gira por el espacio.

LUCÍA: Creen que todo se soluciona con la comida. ¿Te duele el corazón? Comé. ¿Te has vuelto histérica? Comé.

Vuelan. Los espaguetis vuelan.

MADRE y PADRE: Comé.

LUCÍA: Cuando uno menos se espera los espaguetis vuelan. (Sigue lanzándolos). Si vuelan no es mi culpa. Cuando uno menos lo espera, vuelan. Comé, comé, comé. Hazlo por mí, hazme un favor, comé. ¿Cómo vas a dejar algo en el plato, con todos los niños que mueren de hambre.. Comé. Deberías probar un poco de guerra... Comé. Pero si te he preparado lo que te gusta... comé... ¿Quieres que te cocine otra cosita?... Comé. ¿Un sándwich con la mortadela? Comé. Es lo único que puedo hacer por vos, es lo único que hago en la vida. Comé. Pensar en lo que vas a comer y cocinarlo. Comé. Disculpame, me siento sola, disculpame... comé. Sólo me tienes que decir qué quieres comer mañana... Comé. Qué egoísta que eres amor mío... qué egoísta. Comé, comé, comé.

La MADRE le da los espaguetis. Ella se suicida con ellos. Se corta las venas, se apuñala el corazón, enloquece y cae a tierra. Luego se arrastra.

LUCÍA: Mamá no se da cuenta. Grita, grita siempre. Cuando alza la voz es como si

me hablara dándome la espalda. Con sus gritos esconde otras palabras que hablan en voz baja. Así destruye el camino que la lleva hacia mí. Rompe los secretos en vez de compartirlos. Me obliga a acercarme a ella arrastrándome, cuidando de no lastimarme con los vidrios de las cosas que rompió cuando me gritaba. Yo creo en ella, pero se ha vuelto una fe sin esperanza... su rabia hace añicos mi... (Ríe) inocencia... Como un plato de cristal enjabonado ... así se le resbala de las manos mi confianza. Mi mamá se llama Carmen, mi papá no (Ríe). Mi papá se llama Sergio. No sé nada de ellos. ¿Quién era antes Carmen? ¿Qué va a ser de ella después? Hay mucho alboroto alrededor de mí. No sé si tienen una vida cuando yo no me doy cuenta. Mi abuelo Mario, de él sí sé. Sus sueños, algunos recuerdos. Conozco sus arrugas, su olor. Yo me consuelo. Yo también seré vieja, yo también arrugada.

Llega hasta la MADRE que está sentada adelante. Se acuesta encima de ella. La MADRE gatea con la hija a cuestas.

MADRE: Parásitos. Tú vives encima mío, yo encima tuyo. Como parásitos.

ABUELO: Esta es mi gente. Han sido siempre así. Cuando no tenían nada se arrastraban. Ahora lo tienen todo... se arrastran. Si me preguntan, esta es mi gente.

El PADRE las limpia con plumero. El ABUELO se lleva a LUCÍA. Escénica erótica entre la MADRE y el PADRE.

MADRE: Gracias mi amor, gracias, ah, me encanta.

PADRE: ¿Qué?

MADRE: Cuando siento el ruidito de las plumitas que se acercan.

PADRE: ¿Y?

MADRE: Se me entran por aquí, por aquí...

PADRE: ¿Y el vientito?

MADRE: Ah! El vientito me calma, me...

PADRE: ¿Y? ¿Y?

MADRE: ¿Sabes qué también me encanta?

PADRE: ¿Qué?

MADRE: Cuando agarras la viruta... grrrrrr...

PADRE: Grrrr... ¿Qué te hace la viruta?

MADRE: Ras, ras, ras, me raspa por mi piernita.

PADRE: Ah, ah.

MADRE: Mi barriguita, mi pupito.

PADRE: Uh, uh...

MADRE: ¿Y sabes qué es lo mejor?

PADRE: ¿Qué?

MADRE: Cuando agarras la esponja...

PADRE: ¿No!

MADRE: ¿No?

PADRE: ¡No! ¡La esponja no! A-ler-gia esponja.

MADRE: La vegetal, mi amor, no la sintética.

PADRE: ¡No! Quince años y no has aprendido. ¡Esponja-alergia-no!

Se van.

MADRE: ¡Ay! Dios mio, amorcito, es que eres alérgico a todo...

PADRE: A todo no, a la esponja, hija, a la esponja.

El ABUELO y LUCÍA pasan. El ABUELO cae el sombrero. Música Bach.

LUCÍA: La música, más fuerte...

LUCÍA corre con manos abriendo las faldas.

ABUELO: Lucía, esperame Lucía, esperame.

Trata de seguirla y se cansa. LUCÍA se esconde.

LUCÍA: Aquí... aquí.

ABUELO: Lucía, esperame.

LUCÍA: Aquí... aquí.

El ABUELO la busca sin encontrarla. Jadea.

ABUELO: Qué lindo, qué lindo es salir con ella. ¿Por qué cierras los ojos?

LUCÍA: No los cierro, estoy juntando lo que vi en el paseo.

ABUELO: ¿Tienes miedo de olvidarlo?

LUCÍA: Sí.

ABUELO: Pero no puedes volverte ciega por acordarte de todo.

LUCÍA: Pero no quiero, no puedo, no debo olvidarme de todo.

ABUELO: Para no olvidarse hay que abrir los ojos despacio.

LUCÍA: ¿Despacio?

ABUELO: En vez de dar un portazo, lo que viste se acostará a dormir contigo.

LUCÍA: ¿Y tú te acuerdas de todo?

ABUELO: No, por suerte no.

LUCÍA: Pero lo que quieres olvidar, seguro te lo acuerdas.

ABUELO: claro que me lo acuerdo, pero no pienso en eso... Así no me hace daño.

LUCÍA: ¿Qué es lo que te hace daño?

ABUELO: Lo que quiero olvidar... Las patadas en la puerta... tu abuela aterrorizada.

LUCÍA: ¿Eran los militares?

ABUELO: No, era yo que regresaba... borracho. Tu madre, niña, que llora.

LUCÍA se acerca. Están juntos.

ABUELO: Cuánto has crecido.

LUCÍA: cuánto has tardado.

ABUELO: Qué fuerte que eres.

Le toca los brazos. Ella pisa los espaguetis.

ABUELO: No se juega con la comida. No se juega.

LUCÍA: Pero vuelan. (Señala el cielo).

ABUELO: Cuando uno menos se lo espera... ¿ves aquella casa? Allá nació tu madre.

LUCÍA: Guau.

ABUELO: ¿Ves esos muros blancos?

LUCÍA: ¿Blancos? Nieve.

ABUELO: Ahora... esos puntos negros que se mueven.

LUCÍA: ¿Coches...? Coches negros que se van... Llevan coronas.

Música violoncelo.

ABUELO: ¡Ah! Es mi funeral... Cuánto has crecido.

LUCÍA: No lo suficiente todavía.

Comienzan a caminar y pisan los espaguetis que crujen. Todos lo hacen. El PADRE hace pasear a LUCÍA.

PADRE: ¿Vamos a pasear? Vamos a pasear. (La empuja) ¿Te gusta el paseo, hijita? Ya ya ya hijita, ahora jugá mi amor, jugá. (La empuja. LUCÍA camina haciendo crujir los espaguetis.)

ABUELO: (Observa). A mi padre lo enterramos dentro de un par de bolsas de papas. Una la colocamos de los pies a la cintura, la otra de los hombros para abajo. Habíamos hecho un agujero para que asomara la cara y escupirle en rezos hasta el final nuestra tristeza. Con la madera de una caja de manzanas le cubrimos el rostro cuando lo bajamos a la tierra. Como un pajarito en una jaula, así iba su cabeza. Ahora todo ha cambiado, manteca al techo, alfombras de espaguetis. Antes no teníamos estos lujos. Esta es mi gente.

PADRE: Todo lo que ves alrededor es un mar de sabiduría. Para eso sirve la escuela. Por ejemplo las matemáticas, te van a enseñar toda una serie... de sumas, de restas. (Le muestra el vestido escolar. LUCÍA escapa. El PADRE la sigue. LUCÍA tropieza con la PORTERA que barre)

LUCÍA: Señora Camacho... (Retrocede y el PADRE le coloca el guardapolvos blanco)

PORTERA: Lucía, ¿te acuerdas de mí?

LUCÍA: La portera del colegio... Siempre batallando luego de los recreos, ¿verdad?

PORTERA: Eh, sí, siempre batallando.

LUCÍA: ¿Y su marido?

PORTERA: Ahí anda, cada vez más borracho.

LUCÍA: ¿Y quién la ayuda a limpiar, ahora?

Aparece el hijo de la PORTERA barriendo. Lleva un guardapolvos gris.

PORTERA: Mi hijo. Heredó el trabajo del PADRE.

LUCÍA: Ah, claro, el heredero. Qué bien.

PORTERA: Lucía, ¿por qué nunca vienes a visitarnos?. Antes la escuela te encantaba.

LUCÍA: Yo nunca quise ir a la escuela.

PORTERA: Pero si hemos pasado tanto tiempo juntos.

LUCÍA: Demasiado tiempo. (El PADRE la besa ella se alza, sonrío. Da dos pasos. La

sonrisa se congela) Doce años de chanchullos, doce años de aburrimiento. Es un crimen imponer a los niños un horario de doce años. El tiempo es un engaño, el tiempo de verdad se lleva dentro... Levántense a las siete todas las mañanas... almuerzen a mediodía, acuéstense a las nueve... y no tendrán nunca una noche suya... Me robaron doce años de noche. ¿Qué me quedó? El olor de los cuadernos usados, las hojas manchadas de tinta... Y el miedo atroz antes de los exámenes. (Habla como una alumna que pide disculpas) Tengo una justificación familiar. Cayó un meteorito en el jardín y tuvimos que evacuar el edificio. Mi gato tuvo diarrea... soy yo que tiene que limpiar la caca del gato. Mi mamá se cayó del balcón, tuvimos que llevarla al hospital... Cuando venía a la escuela dos muchachos grandotes me robaron los cuadernos... (El PADRE la hace retroceder y la sienta en el banco en que están sentados la PORTERA y el hijo con guardapolvos grises. Los tres se miran y miran adelante. Empiezan a sumar y restar. Se oye una voz que dice)

LUCÍA e HIJO: Cuatro por uno, cinco por siete, seis por dos, cinco por ocho, nueve por tres, siete por cuatro, ocho por ocho, nueve por cuatro, nueve por cuatro, nueve por cuatro.

Se alza el hijo de la PORTERA, alzando la mano.

HIJO: Odio los estudios porque hay demasiados imbéciles que saben leer. Es más complicado aprender a boxear que repetir como un loro la tabla de multiplicar. Es mucho más difícil jugar bien al fútbol que ser un ingeniero, y los ingenieros lo saben, porque se pasan la vida hojeando los periódicos deportivos...

Se alza la PORTERA, alzando la mano.

PORTERA: Deberían enseñarnos a hacer el amor correctamente en vez de exprimarnos el cerebro para aprender a memoria los ríos y las montañas de un libro de geografía.

LUCÍA: Todo lo que rodea a la escuela es polvoriento, estático. Focos cubiertos de polvo y de cagadas de mosca. Viejos profesores insensibles. Unos chochos. Una escuela de chochez..

PORTERA: Yo, Yo, Yo. La capital de Bolivia es La Paz. Yo. Que se rinda su abuela carajo. Hay sesenta y tres especies de papas en el altiplano. Yo. Yo. No entiendo

nada. Yo. No recuerdo. Yo Yo. Siete de enero de 1770.

HIJO: (Al unísono) Yo. Yo. Yo. El Amazonas es el río más grande del mundo. Yo. A Sucre lo asesinaron en una emboscada. Yo. La pipoca. Yo. Tengo frío. Yo. La bomba atómica. Yo Solo puedo prometer sangre sudor y lágrimas. Yo. cuatro de julio de 1836.

LUCÍA: (Al unísono) Yo. Yo. Yo. Bolívar murió en el destierro. Yo. Los chilenos nos fregaron el mar. Yo. La tea que encendimos nadie podrá apagarla. Yo. Los cálculos renales. Yo. El helado de chocolate. Yo. La batalla de Ayacucho.

(Se alzan los tres y LUCÍA queda con su guardapolvos transformado en una camisa de fuerza)

LUCÍA: Yo. La guerra del fuego, La guerra del Pacífico, la guerra del Chaco, dividido por la guerra del Acre, la guerra de los Botones, la guerra de los seis días, multiplicado por la guerra de los cien años, sumando la guerra del Catorce, menos la guerra de las dos rosas, que nombre aparte fue una carnicería... La raíz cuadrada de la segunda guerra mundial, a la raíz cúbica de la guerra fría, menos la guerra de las galaxias, y la guerra sucia, más las masacres que nunca estudiamos a escuela... yo sabía... yo quiero aprender a pensar... me lo sabía de memoria... no quiero... a mí me gusta estudiar... no quiero ser amaestrada... ¿me puede repetir la pregunta? No he entendido... yo sabía... ¿me lo puede repetir?... ¿Puedo ir al baño? No aguanto de veras... Yo sabía...yo estudié... Yo sabía... yo sabía... (Avanza) La edad antigua, la edad media, la media sucia, la edad del oro, la edad de piedra, la piedra pomex, la edad de la inocencia, la edad de bronce, la adolescencia, la edad de la ciruela, la edad contemporánea, el período mesozoico, el período menstrual, el período jurásico, el período depresivo, el período paleolítico... La regla de tres simple... ¿quién escoge lo que aparece o no en mi libro de historia?... Avanzar por un pasillo sin principio ni fin... tres por dos... a remolque de unos imbéciles, dos más dos, precediendo a otros imbéciles... El Aconcagua, el Kilimanjaro... El Illimani... odio el desgaste... La tabla de los elementos... Siete por cinco. No podemos... no podemos... no podemos empezar por envejecer... cinco por uno... la vida es otra cosa... tres menos tres... es otra cosa...

PADRE: Calma, Lucía. Calma.

LUCÍA: Esa burla que es la escuela... qué porquería...

PADRE: ¿Y?

LUCÍA: Y ahora, si me dejaran en paz, me iría fantásticamente bien. Nunca más me lo voy a sacar de encima. Ah, ahaaahhh. ¡Apesta!

El ABUELO agarra el abrigo. LUCÍA se para.

LUCÍA: ¿Se ve? ¿Se ve?

Ve al ABUELO con el abrigo y retrocede en puntas de pie alejándose de él con los brazos extendidos.

ABUELO: (Mostrando el abrigo) Siempre me lo había pedido. Cuando venía a casa, ella, desde los cuatro años. Se lo probaba y reprobaba. Obviamente, yo que la conocía, no quería dárselo. Sabía lo que iba a pasar. Además, tengo un afecto... (Mira a LUCÍA que finge no verlo y lo mira de reojo). Era de mi....(Baja la voz) de mi señora.

PADRE: (Desde afuera) ¿De quién?

LUCÍA: De la abuela.

El ABUELO se acerca. LUCÍA finge esperar nada.

ABUELO: Es rojo. Los labios de mi señora eran rojos. También las mejillas cuando hacía frío... o luego de las cachetadas cuando nos peleábamos. (A LUCÍA) Tal vez estarías interesada en... (Abre el abrigo y LUCÍA de repente se pone dentro) ...tenerlo.

LUCÍA: La abuela... tan seria, tan silenciosa. Seguro que en el abrigo debe haber escondidos, apretados, aterrorizados, un montón de secretos. (Mira al ABUELO) No le dije gracias... (Susurra) Gracias... ¿Encendemos la lámpara?

ABUELO: Sí.

LUCÍA: Aaahhh, ¿viste?

ABUELO: Nos han echado paja transparente.

LUCÍA: ¿Y ahora, qué hacemos?

ABUELO: Esperamos.

LUCÍA: ¿Qué esperamos?

ABUELO: Esperamos los sonidos.

Inicia la música. El PADRE se acerca y le coloca un chaleco. El ABUELO busca en los bolsillos, no encuentra. LUCÍA le tiende un pañuelo. El ABUELO se seca la frente. Caminan por el perímetro de la escena. Se detienen al fondo a la izquierda mirando al público.

ABUELO: Vamos a casa.

LUCÍA: Quisiera verme de afuera con él.

ABUELO: Qué lugar.

LUCÍA: Me gustaría verme de afuera, de espaldas, con él.

ABUELO: Qué lindo lugar.

Van hacia adelante. El PADRE lleva la MADRE, la pone en el lugar de LUCÍA y sienta a LUCÍA en sus faldas. MADRE y ABUELO avanzan de la mano.

MADRE: Qué lugar.

ABUELO: Pero qué lugar.

Caminan al otro costado. Se detienen.

MADRE: Hace mucho tiempo que tú y yo no caminamos así.

ABUELO: (Asiente) Pero qué lindo lugar.

Retroceden.

MADRE: A veces me llevabas a pasear.

ABUELO: Tú lo has dicho, a veces.

Avanzan y se unen a LUCÍA y el PADRE. Miran hacia arriba.

LUCÍA: Papá ¿nosotros somos una familia?

PADRE: Una familia, qué es una familia? ¿La costumbre? ¿La mujer que deseas, la hija que anhelabas? ¿La soledad que no se ve porque queda invadida? ¿Un refugio? ¿El paraíso posible, el infierno silencioso? ¿La caricia cotidiana? ¿El eco de un mudo? ¿Las canas que acompañan el regreso a casa? ¿Tu madre dormida frente al televisor? ¿Ayudarte a hacer los deberes? ¿Regresar con un helado como un pirata con el tesoro perdido? ¿El vino que ayuda a caerse de sueño? ¿Los sueños extraviados en los nuevos ronquidos? ¿El refugio de dios? ¿El puerto al que siempre llega el naufrago? ¿La mesa puesta? ¿El párpado que impide la mirada?

MADRE: Papá ¿yo era tan complicada?

ABUELO: ¿Tan complicada? Tal vez. Yo no me daba cuenta.

MADRE: Nunca estabas.

ABUELO: Cuando creciste me fui de casa. Eras igual a tu madre cuando era joven. Tu madre, joven, era tan bella.

MADRE: ¿La querías?

ABUELO: Al inicio besos, caricias, luego el amor se hizo robusto... con la costumbre y el alcohol, las caricias cobraron fuerza de cachetadas.

MADRE: ¿Me pegabas?

ABUELO: A ti nunca te toqué. Nunca.

PADRE y LUCÍA retroceden. También lo hacen, pero más lento, ABUELO y MADRE.

LUCÍA: (Llorosa) Es que somos muy lindos vistos de afuera. De atrás, no sé, vistos de atrás me agarra una conmoción terrible. (se han puesto atrás de nuevo en fila) Qué lindos que somos.... ¡Aahyyy! ¡Aahy...yyy!

LUCÍA llora, la MADRE la abraza, el PADRE la sostiene, el ABUELO la observa. El PADRE trata de consolarla y luego se va. El ABUELO se va. Quedan ella y la MADRE.

LUCÍA: Aaahhhh. Ahhhh.

MADRE: ¿Pero qué te duele? Qué te duele?

LUCÍA: Aaaaaahhh...aaaahhhh

LUCÍA se lamenta autísticamente. La MADRE la abraza. LUCÍA señala el cielo.

LUCÍA: Ahii.

La MADRE agita los brazos al cielo. LUCÍA inicia una danza con los lamentos, abriendo y cerrando cuerpo y el brazo que señala el cielo y el propio corazón.

Luego LUCÍA aferra a su MADRE y dice fuerte tocándole la cabeza y el corazón, casi golpeándola.

LUCÍA: Aquí me duele.

Va donde el PADRE, dice lo mismo, vuelve, empuja la MADRE.

LUCÍA: Aquí me duele.

LUCÍA cae. Se le cae el corazón de las manos. Tiende las manos hacia adelante.

El PADRE recoge el corazón. Sonido de corazón que late.

LUCÍA: Palpita... está vivo... vivo...

(Música violoncelo. PADRE y MADRE a los lados se pasan el corazón hasta que ella

lo agarra. Se alza, se apuñala con el corazón, trastabilla y deja caer el corazón al fondo. Avanza, llora y ríe.

PADRE: Dale la teta.

MADRE: ¿No te gustaba la teta?

LUCÍA aferra el abrigo y oculta medio rostro en él y se aleja a pasitos. Mientras la MADRE avanza.

MADRE: ven, que te voy a acariciar, ven. Te voy a abrazar.

PADRE: Hazle caso. Mirá como has crecido, mamá.

El PADRE abre su chaqueta.

MADRE: El papá te va a querer.

Avanzan ambos hacia ella casi amenazadores en su dulzura. Ella escapa. Llega al frente. Abre el abrigo con pasitos. Queda de espaldas al público. Los PADRES avanzan. Ella vuelve a escapar.

La agarran y la llevan hacia el baúl. Ella los echa con las manos y se acuesta dentro del baúl.

El PADRE se acerca al baúl, la observa inclinándose, se sienta en el borde. Luego mece el baúl, al inicio dulce y mecánicamente, luego más violentamente, luego lo hace girar vertiginosamente y lo detiene. Observa dentro del baúl y luego susurra a la MADRE.

PADRE: Ya se ha dormido.. shhh.

Deciden hacer el amor, sigilosamente. Luego fuerte.

PADRE: Ya mi amor, estoy jodido pero igual le metemos.

MADRE: ¿Aquí?

PADRE: Claro, claro, ya, subí...

MADRE: Ya... A ver...

PADRE: Así, ¡ay! ¡Ay!

MADRE: Mové tu culito amor...

PADRE: No puedo pues hija, apenas estoy.

MADRE: Pero tu culito

PADRE: Dame un besito. Ah. Eso...

LUCÍA golpea dentro del baúl. La MADRE se alarma y el PADRE golpea también.

PADRE: No hija, soy yo el que está haciendo, soy yo. Pucha, justo ahora este lumbago. (Se mueven con ruidos hasta que él se bloquea) Ay hija, me he trancado, ayudame pues.

MADRE: Ya, ya, ya está.

PADRE: En otra me inyecto un calmante y le metemos como dios manda. Se bajan con esfuerzo por la hernia de él. Se van despacio, ella abre el baúl y les hace preguntas.

LUCÍA: ¿Qué tal? ¿Todo bien? ¿Y el trabajo? ¿Descansaron? ¿Y las vacaciones? ¿Cuándo? ¿Y el abuelo?... ¿Y el abuelo?... ¿Y el abuelo?

LUCÍA se encierra en el baúl.

MADRE: ¿No se lo dijiste?

PADRE: ¿Era tu padre, no? Vos debías habérselo dicho.

LUCÍA desde una ranura del baúl, llama al ABUELO.

PADRE: Así es la vida. Los que se van, los que se quedan.

MADRE: Ella es la nieta, es lógico que lo extrañe. Yo era su hija... no sé si lo extraño. Estaba viejo. Pobrecito.

PADRE: Todos se mueren. ¿Qué le hubieras dicho, antes de morir?

MADRE: Le hubiera dicho que nunca le perdoné los golpes a mi madre. Que le guardaba rencor... que lo quería, pero no sabía cómo decírselo. Me hubiera gustado que me hubiese dado más tiempo. Cuando yo era niña él no estaba nunca... Que me tratara como trató a su nieta, a mi hija... Le tengo envidia a mi hija.

LUCÍA y el ABUELO cantan. LUCÍA va al frente. La MADRE trae el abrigo. El ABUELO se lo coloca Va detrás de LUCÍA que se arrodilla. Miran al frente.

LUCÍA: ¿Encendemos la lámpara?

ABUELO: Sí.

LUCÍA: Aaahhh, ¿viste?

ABUELO: Siempre funciona.

LUCÍA: ¿Y ahora, qué hacemos?

ABUELO: Esperamos.

LUCÍA: ¿Qué esperamos?

ABUELO: Esperamos los sonidos. (Inicia la música) Siempre funciona.

LUCÍA: ¿Qué es todo esto?

ABUELO: Son recuerdos.

LUCÍA: ¿Recuerdos? Delirios sin lógica.

ABUELO: Pero aparecen, insisten, hay que atenderlos.

LUCÍA: ¿Qué nos quieren decir?

ABUELO: No lo sé.

LUCÍA: No entiendo. Todo esto es oscuro.

ABUELO: Tal vez esa sea su cualidad.

LUCÍA: ¿Por qué?

ABUELO: No hay que contar lo que se sabe.

LUCÍA: Estos recuerdos... o lo que fueran... ¿no te parecen estúpidos?

ABUELO: No sé... se agitan, van de un lado para otro...

LUCÍA: ¿Y si los echamos?

ABUELO: Se van a poner a protestar.

LUCÍA: ¿Y qué va a pasar?

ABUELO: Van a reaparecer donde menos lo esperamos. Y van a pedir explicaciones.

LUCÍA: Se burlan.

ABUELO: ¿Los recuerdos?

LUCÍA: se burlan de nosotros.

ABUELO: Nunca lo había pensado.

Ella cae y se levanta. Éxtasis. El ABUELO regresa y la sostiene.

LUCÍA: Si no le canto, él tiene frío. (Canta) Me han dicho que cuando canto se escucha otra voz.

Medio éxtasis de LUCÍA adelante. El ABUELO la deja caída. Se va.

LUCÍA: Si no le canto, él tiene frío. (Canta) me han dicho que cuando canto se escucha otra voz.

Entra la MADRE sacudiendo el abrigo.

MADRE: Vamos a respirar.

LUCÍA: Pero es de noche.

MADRE: Es rico el aire de la noche.

LUCÍA: Mamá, ¿por qué lloras a escondidas?

MADRE: Lucía.

LUCÍA: Mamá, ¿te sientes sola?

MADRE: ¿No te gusta pasear con tu madre?

LUCÍA: ¿Por qué nunca me preguntas cómo me siento?

MADRE: Es fácil esconderse en un baúl y eludir responsabilidades. Tú también tendrías que vivir.

LUCÍA: Es fácil esconderse detrás de las responsabilidades. Tú también tendrías que vivir. ¿Eras una persona antes de tener un rol?

Caminan sacudiendo los vestidos.

MADRE: Era distinta antes de arrancarme un pedazo. ¿Por qué tengo que repetirme las cosas mil veces?

LUCÍA: No lo hagas.

MADRE: Es que no entiendes.

LUCÍA: Sí entiendo. Repites y repites para dar importancia a lo que dices.

MADRE: A ver si así te entra de una vez en la cabeza.

LUCÍA: Ya entró, ya lo sé. Son cosas viejas que de tanto repetirlas quieren parecer nuevas.

MADRE: No se te puede decir nada. Crees que crecer es traicionar, sólo porque uno se acostumbra. Cuando algo duele por primera vez, nos abre los ojos. Eso es lo que te ocurre. Pero prueba a vivir con una espina en el costado. Te acostumbras, Lucía, te acostumbras. Yo no renuncié a soñar, yo tengo sueños, pero me cuido bien de mostrarlos para que no me crean loca.

LUCÍA: Pero los sueños tienen sentido si uno trata de vivirlos.

MADRE: No, los sueños tienen sentido porque se sueñan. Si tratas de vivirlos se vuelven pesadillas. La vida de los sueños está en los sueños. Los sueños se sueñan.

La MADRE se detiene. Música. Se queda inmóvil. LUCÍA la ayuda a descender. La MADRE queda dormida en el suelo, o como piedad en brazos de la hija.

PADRE: (Entra y coloca sobre la MADRE una manta. Mira al público) Si ven a una

mujer dormida en un sillón, en una siesta cualquiera de invierno, con el televisor apagado, y en la casa la paz de una simple historia de familia, quédense allí, no se vayan, y cúbrala con una manta.

LUCÍA va al frente en puntas de pie. Se pone los anteojos de la MADRE.

LUCÍA: Escuchame Lucía, no se entiende un pepino, ¿qué estás haciendo de tu vida? ¿Qué estás haciendo de tu historia? Ahora estás en alto mar. Tienes que remar. Para llegar a algún lado o perderte aún más. Lucía, ¿me escuchas querida? No se entiende nada. Lucía, te digo querida. Su, ánimo. Haz algo, querida, algo, no sé, te digo nomás.

El PADRE aparece. Ella retrocede, se quita los anteojos. Se mete dentro del baúl.

El PADRE pone spray en el baúl. cierra el baúl. Lo sacude.

LUCÍA: ¿Por qué hay que obedecer siempre?

PADRE ANACLETO: Porque los niños buenos obedecen.

LUCÍA: ¿Por qué los niños buenos obedecen?

MADRE: Para ir al paraíso.

LUCÍA: ¿Por qué hay que ir al paraíso?

PADRE ANACLETO: Para estar cerca de Dios.

LUCÍA: ¿Por qué mi gato no puede ir al paraíso?

PADRE ANACLETO: Porque tu gato es un animal.

LUCÍA: ¿Por que mi gato no puede ir al paraíso?

El PADRE le va cerrando la puerta mientras ella sigue haciendo la misma pregunta cuatro veces, luego el PADRE con la cinta scotch envuelve el baúl.

Mientras aparece el cura en el fondo y se acerca.

LUCÍA: (Dentro del baúl) ¿Por qué?

PADRE ANACLETO: (Mira al cielo) Señor, ayúdame a explicarle por qué. (Se apoya en el baúl) Hola, ¿por qué ya no crees en Dios?

LUCÍA: Porque no puedo llevar al paraíso a mi gato.

PADRE ANACLETO: Tienes una actitud infantil hacia la religión.

LUCÍA: No estoy nerviosa. Los curas nos agarran a una edad en la que aún creemos en los milagros; queremos ver uno; no lo conseguimos, y se acabó.

PADRE ANACLETO: Nada de esto puede ser un motivo determinante para no

creer.

LUCÍA: Quise creer de verdad el día de mi primera comunión. Prometo... hice esfuerzos, quise creer pero no pude. No pasó nada. Mejor dicho, pasó un vacío que se llevó todos mis intentos...

Es que eran tan aburridos, tan serios los sermones...

PADRE ANACLETO: Tienes una actitud infantil hacia la religión.

LUCÍA: ¿Cómo pueden decirle a un niño que los animales no se van al paraíso. ¿Cómo pueden concebir un paraíso sin animales? Lo que es infantil es su religión.

PADRE ANACLETO: No estás facultada para juzgarla.

LUCÍA: No creo en Dios. Dios es enemigo del cuerpo del hombre.

PADRE ANACLETO: Empezamos mal. Nos vamos por las ramas, y no contestas a mi pregunta... no contestas...

LUCÍA: En su religión no se entiende dónde está el espíritu. Todos esos santos, y el jefe. Parecen héroes de los dibujitos animados. El infierno, el paraíso, los castigos, la salvación, el Apocalipsis, el juicio universal. El bien contra el mal. Parece una historia de ciencia ficción.

PADRE ANACLETO: Bueno, también la ciencia ficción y los dibujos animados tienen su importancia.

LUCÍA: La Iglesia, un lugar frío donde al fondo hay un pobre hombre sangrando. Hay sangre por todos lados, es macabro, inquietante. (El PADRE ANACLETO, pierde la paciencia, devuelve el plato y arrastra el baúl hacia adelante) ¿Por qué siempre símbolos de sufrimientos? Los curas no hacen más que repetir frases de la Biblia. No hablan al hombre, no hablan del hombre.

PADRE ANACLETO: ¿Quieres ver una foto del buen Dios? ¿Una foto?

LUCÍA: No me lo creo, que tenga una foto de Dios.

PADRE ANACLETO: Tengo toda una serie de fotos excelentes...

LUCÍA: Mamita, mamita, no voy a hacerlo más, voy a ser buena, no voy a preguntar por qué nunca más. Seré buena lo prometo, seré buena. Yo también quiero ver una foto del buen dios.

El PADRE lanza un manojito de llaves a la MADRE que va y abre el baúl rompiendo la cinta scotch con las llaves. La MADRE vuelve a sentarse, arroja las llaves al

PADRE mientras la puerta se abre lenta y LUCÍA aparece sentada. El PADRE le muestra una foto.

LUCÍA: ¡Ahh! Es Salinas, uno de mi clase. Debí habérmelo imaginado. Siempre hacía de Dios en las obras de teatro que representábamos en el colegio, o jugando durante el recreo.

PADRE ANACLETO: Eso es. Salinas, quién lo habría dicho, ¿verdad? Era el tonto de la clase. El último. Salinas. Dios. ¿Quién lo habría dicho? Ten, mira ésta de perfil. Es más clara. ¿Te acuerdas?

LUCÍA: Sí. Tenía un grano enorme al lado de la nariz. A veces, en clase, le pintaba alas y patas, para que pareciera una mosca. Salinas... pobre chico.

PADRE ANACLETO: No hay por qué compadecerle. Está bien situado, muy bien situado.

LUCÍA: Sí. Muy bien situado. Se murió de una infección pulmonar.

PADRE ANACLETO: Una infección... a la diestra del Padre. Ten, hija. (Le da una postal) No has contestado del todo mal, en conjunto. Esto vale un punto. Cuando tengas diez te daré una estampa. Una bonita estampa.

LUCÍA: No es verdad. Usted no es así. Los curas no son tan tolerantes. Es un camuflaje. Espionaje. Propaganda. Viento.

PADRE ANACLETO: Que sí, hija, que sí; es esto lo que te induce a error. Somos muy tolerantes. Muy tolerantes. (Se va)

LUCÍA: (Sale del baúl y va en éxtasis. El ABUELO aparece desde el fondo y la sostiene) Ahora me acuerdo. La primera comunión... No entendía esas preguntas: pecados, malos pensamientos, actos impuros... ¿a una niña? No tenía nada para confesar, no entendía cómo podía esconder algo malo dentro de mí. Y cómo todo podía resolverse con unos cuantos rezos. ¿Y los demás?... ¿Tendrían maldades para confesar? Lo más divertido era el retiro antes de la primera comunión, habíamos aprendido cánticos. Resonaban en la capilla. Corderos y cánticos de gloria, de esperanza y de amparo. No sabíamos qué significaban. Eran solo sonidos dulces en bocas de niños.

ABUELO: Surgía de ella un olor que la llevaba a cantar salmos, como si estuviera envuelta en incienso.

LUCÍA: Dolor es cuando me dan una cachetada.

ABUELO: Del martirio carnal resbalaba hacia imágenes de dolor y de muerte.

LUCÍA: Muerte es cuando te llevan en cortejo al camposanto... El día de mi primera comunión... tal vez buscaba un milagro, o la experiencia mística, o acceder a un gran misterio. "¿Y si la mastico?"- "¿Y si fuera verdad"?... Todos estaban distraídos, pero fingían solemnidad. Por la rabia que tenía de estar vestida como una estúpida, me descargué con una compañerita, le pisoteé su vestido blanco de muñequita. Al final me fui corriendo a quitarme el vestido, pero tardé mucho más en quitarme la sensación de haber participado a una farsa. Yo creo, yo quiero creer, yo necesito creer, pero no en superman, en el dolor y la cruz, en la imagen y semejanza, en la costilla de Adán, en el ojo por ojo, en una madre virgen, en la paloma, el óbolo y los caballeros del Apocalipsis. Cierra el baúl con fuerza. Sobre el baúl hay un cartel con escrito: DESHABITADO.

LUCÍA: Ya no eres la misma... Se me ha parado el corazón, se me ha quebrado el corazón. Tengo el corazón partido, tengo el corazón molido, quiero comer mi corazón, desnudar mi corazón, entregar mi corazón. Corazón frío, vacío, podrido, corazón mojado, deshecho. ¿Dónde está mi corazón? ¿Dónde está mi corazón? Sagrado corazón, sagrado corazón... sagrado corazón.

Comienza a buscar el corazón entre su ropa. Saca el corazón que está atado a un hilo y lo deja caer al suelo. La MADRE se alza, se cruza de brazos, reprocha.

MADRE: Lucía, ¿crees que eres la única a la que se le duele el corazón? ¿Que verte así me encanta? ¿Que verte esas mechas en la cara me fascina? Lucía, ¿tú crees que todos los días me despierte sonriendo porque mi hija es muy feliz? ¿Alguna vez te has puesto a pensar en mí? ¡No! ¿Has visto en qué me he convertido? ¡No! ¿Por qué? ¡Porque tú estás metida en tus locuras, en tus misterios, en tus historias rebuscadas, no puedes ver más allá de tu nariz!

Mientras la MADRE habla, LUCÍA le ha dado el corazón. LUCÍA le muestra el pecho. La MADRE arroja el corazón y busca en el pecho de LUCÍA, Saca un bollo de papel, lo abre, es un dibujo de niña. Lo apoya en el pecho, luego se cubre la cara con el dibujo y se sienta. El PADRE se alza, va al baúl, arranca pedazos de la cinta scotch y las come, luego rompe y come el papel con escrito deshabitado. Se

ayuda con las llaves para despegar la cinta scotch. Inicia música de Bach. La MADRE se alza y come el papel con los dibujos de la niña. LUCÍA se alza y con un arco hace una danza tocándose a sí misma. Luego levanta a la MADRE y la toca con el arco y luego al PADRE. Lo deja. El PADRE escupe el papel y se sienta y ella tocándose aún despacio. LUCÍA entra en el baúl vertical. Se sienta dentro y pone la cara contra la pared. Llega el ABUELO, pone la otra mejilla. Se hablan.

ABUELO: Nada más quería acordarme de vos. Mirar atrás, recordar, recordar siempre. Como si el corazón tuviera tortícolis. Debo caminar, mirar hacia adelante. Adelante estás tú, tu madre todavía... A pesar de todo. Por supuesto estoy yo. Ya no hay tiempo para rescatarme, para no morirme de tortícolis. Acabó el tiempo. ¿Seguiré siendo el que hizo daño y quiere olvidar? ¿Seguiré siendo el borracho que aterrorizaba a la esposa y la hija? Ahora la entiendo.

LUCÍA: Lucia querida, así no funciona, es todo un desorden. No así no puede ser, en absoluto no puede ser. Estoy cansada de repetir siempre lo mismo, cansada. Y yo no soy tu sirvienta, entonces, dónde se ha visto que una niña... (Mira los abrigos) ¿Y eso? No querida, no querida, basta de jugar con los fantasmas. El abuelo ha muerto, ha muerto y te prohíbo revolver en mi cajón y sacar su ropa. Y además es mucho mejor que salgas de ahí, una buena cogida y todo se resuelve...

PADRE: ¡Lucía, vamos a comer!

Entran PADRE y MADRE con baldes. El PADRE trae a LUCÍA. Se arrodillan delante de los baldes. Detrás de LUCÍA está el baúl vertical abierto.

MADRE: ¿Cómo te fue hoy?

PADRE: Más o menos.

MADRE: ¿Por qué?

PADRE: No me ha salido un negocio...

MADRE: ¿Cuál?

PADRE: El de los chinos

MADRE: Qué pena.

PADRE: ¿Y a vos? ¿Qué tal tu tecito?

MADRE: Bien, todo bien.

PADRE: ¿Y ha ido la Chichi Camacho?

MADRE: Claro.

PADRE: Tan chismosa como siempre.

MADRE: No.

PADRE: Si para eso hacen sus tecitos. Para tijeretear.

MADRE: Ay no.

PADRE: Provecho...

cAMARERO. El segundo. Arroja en los baldes manojos de espaguetis crudos.

PADRE: Fideos chinos mi amor. ¡Qué rico! Estos chinos son bárbaros.

Camarero: la mayonesa. De una botella arroja chorritos en los baldes.

PADRE: Probá esta salsita mi amor.

MADRE: Mmmmh... te diré que la mía es mejor.

PADRE: Nnno exageremos.

Camarero: el postre. Arroja con la mano una gelatina en los baldes.

PADRE: ¡Mmmmh, flan casero!

Camarero: La cuenta. Les da tres papeles higiénicos. Ellos lo leen, se limpian, arrojan los papeles en los baldes.

MADRE: ¿Pagas tú?

LUCÍA: ¿Por qué hay que pagar para comer?

PADRE: ¿Tienes suelto?

MADRE: ¿Suelto? No.

PADRE: Cómo que no.

MADRE: ¡Escuchame una cosita si quieres salir a comer afuera los domingos traerás pues plata!

PADRE: ¿Yo? Al menos el fin de semana paga vos, pues, para eso te doy tu mesada.

MADRE: ¿Mesada? ¿Cuál mesada? No soy tu hija para que me des mesada.

PADRE: No, no eres mi hija pero igual te mantengo.

MADRE: Son tus obligaciones.

PADRE: ¿Mi obligación? ¡Mi hija es mi obligación vos no!...

MADRE: ¡Ah! Entonces pues era que no me arruine la vida por ti.

PADRE: Si te lo gastas jugando rami con esa viejas. ¡Provecho!

LUCÍA: Mamá, mamá, mamá.

MADRE: Ah, eres vos ¿Qué quieres de tu pobre madre?

LUCÍA: Mamá, cuando digo mamá, me duele aquí. (señala el corazón) ¿Por qué me duele, si lo digo de veras, porque lo necesito, no por costumbre?

MADRE: ¿Qué estás diciendo? ¿No ves que estoy muriendo? ¿Y me llamas para esto? Déjame morir en paz, por favor.

LUCÍA: Es una cosa que está siempre aquí (Señala su corazón) y duele, duele demasiado. Quiere salir, liberarse y no puede. ¿Es así que yo nací? ¿Yo pasé a través de tu dolor, que me cuidaba, para ir hacia mi dolor, que me va a consumir?

MADRE: Basta. Yo quise tenerte, quise que nacieras. Nacer no es sólo el dolor para la madre. Es el amor... no, es el matrimonio. Porque si digo amor, quién sabe en lo que te vas a poner a pensar. El sufrimiento es un desperdicio si no nace algo de él.

Mientras la MADRE habla LUCÍA sube al baúl y aúlla. La MADRE a un costado, mirando al frente.

MADRE: Lucía, escuchame, lo que te pasa, escuchame, es que estás sangrando. (Se desmaya)

Ella sigue aullando. El PADRE observa. La MADRE se realza.

MADRE: Es normal, Lucía, es algo que siempre le pasa a las mujeres.

Se desmaya. Siguen los aullidos. El PADRE va haciendo una mueca mientras oye.

MADRE: (Se realza) Es normal Lucía, a partir de ahora los hombres te van a mirar de una manera distinta. (Se desmaya. Se realza) Pero tú mi amor tienes que estar tranquila, porque... te va a doler poco.

Se desmaya. El PADRE como estatua. LUCÍA sigue aullando. La MADRE se realza. El PADRE la reprocha

PADRE: ¿Qué estabas diciendo? (La MADRE se desmaya) Oye oye... que... no he escuchado bien... (La MADRE se realza)

MADRE: La niña... Sangró.

PADRE: ¿Mi hija? ¿Ah?

MADRE: Sí.

PADRE: ¿Mi hija va a sangrar? Mi hija no sangra. Nnnnnnonono qqqque quiere decir todo esto. ¿Se va a convertir en una puta? ¿QQQue es lo que le has dicho, que va a ser una puta, que ya va a poder, ya va a poder, que los hombres le van a mirar de otra manera, eso he escuchado? (La MADRE trastabilla, medio cae, medio se recompone) A ver pero di, habla habla.

MADRE: (Susurra) Sólo... sangró.

PADRE: ¿Sangró? Puta, puta, puta se va a volver... como todas, como todas, como todas. ¿Eso te ha enseñado tu MADRE?

LUCÍA se ha sentado sobre el baúl y los observa riendo. La MADRE trata de irse.

PADRE: Ps, ps, ps...

MADRE: ¿Sí mi amor?

PADRE: Mi amor.

MADRE: La niña sangró

PADRE: Ahh, qué lindo.

MADRE: (Siempre medio cayendo). Pero es simple. Eres tú...

PADRE: Yo qué. Vos eres.

MADRE: Eres tú.

PADRE: Vos eres.

MADRE: (Estalla) Tú eres, tu, que ahora le tienes que explicar.

PADRE: Ahh, ¿qué le voy a decir, eh? ¿Que van a venir cincuenta y te van a metrallar, toditos? Eh? ¿Eso le voy a decir?

Siguen peleando mientras LUCÍA sobre el baúl, trata de tocar las estrellas. Entra el ABUELO.

ABUELO: Lucía se alzaba en puntas de pie, respiraba con la boca contra el cielo. La primera vez que vio su propia sangre, pensó en el ocaso. Cuando había demasiadas nubes en el camino del sol, alargaba las manos hacia la curva del cielo para aliviarle el dolor del costado. Como a ella todo el cuerpo dolía y se volvía pesado, creía que así ocurría con el firmamento.

LUCÍA: ¿Cómo será la sangre del cielo? La atmósfera gime, como los árboles, la savia, los animales, el semen, las flores, el perfume, las mujeres.

MADRE: Mi hija sangró. Diga lo que diga su padre hay que hacer lo que toda madre respetable acostumbra hacer para sus hijas. Hay que buscarle un chico, un novio, un marido. Pretendientes. Hay que encontrarle pretendientes.

Aparecen dos jóvenes en traje de baño con anteojos de sol.

CARLOS: Hola, Lucía. Tenemos que preguntarte algunas cositas..

ENRIQUE: ...sobre el amor.

CARLOS: Exacto, somos especialistas.

ENRIQUE: Especialistas.

LUCÍA: No sé qué decirles...

CARLOS: Oh, podemos oírlo todo.

ENRIQUE: ¡Todo! A ti te gustan los chicos de tu edad ¿no?

LUCÍA: No sé... yo... saben, me siento incómoda.

CARLOS: Te repito, estamos preparados para oír lo que sea.

ENRIQUE: Hemos sido bañeros en la playa...

LUCÍA se alza y se aleja.

CARLOS: No te hagas... sabemos que te gustan los hombres.

LUCÍA: Si un hombre me gusta, jamás se me ocurre decírselo.

ENRIQUE: ¿Por qué no se lo dices, si de veras te gusta?

LUCÍA: No puedo decirle a uno que me gusta: "Hola, ¿quiere hacerme el amor?"... Me voltaría sin preámbulos...

CARLOS: Confundes la franqueza con la brutalidad.

ENRIQUE: Hay que ser sensual... coqueta.

LUCÍA: No soporto que me hagan la corte hablándome del claro de luna, del misterio de mi mirada y de la profundidad de mi sonrisa.

CARLOS: Todas las mujeres pueden hacerle comprender a un hombre, llegado el caso, que él les gusta...

LUCÍA: ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo hacen?

CARLOS: Con la mirada.

LUCÍA: Por eso, mejor callar y dedicarse a mirar.

ENRIQUE: Di más bien que tienes miedo a mirar.

LUCÍA: No pienso decir nada más.

CARLOS: ¡Oh! Con lo excitante que es hablar de amor.

LUCÍA: Ustedes se mueren de ganas de conocer los detalles.

ENRIQUE: Los detalles tienen su importancia.

CARLOS: ¿Y entonces, tu afecto, a quien lo das?

LUCÍA: Ya no lo sé. Hay un pájaro que me despierta todas las mañanas dando golpecitos en el cristal con el pico. Hay un conejito de indias que se hace el muerto para que yo lo masajee con el dedo y él finja revivir. Hay un perro flaco y narigón que no se separa de mí y que cuando me voy, se queda triste y deprimido hasta que regreso...

CARLOS: Sólo animales. ¿por qué no te dejas llevar por los sentimientos? ¿No sabes leer en tu corazón?

LUCÍA: Mi corazón tiene una voz débil que no se deja escuchar.

Los hombres se van mientras LUCÍA danza y luego cae en el medio.

LUCÍA: Los hombres, abrazarlos, tocarles el pecho, las nalgas, sentir sus manos grandes acariciarme todo el cuerpo. El sexo no tanto. Sueño que me acuesto sobre hombres muy gordos como si fueran un colchón. Sueño hombres altos, negros, japoneses, que me toquen y luego milagrosamente desaparezcan. Para que haya pasión, es necesario que la unión sea brutal, animal. Cuando un hombre y una mujer se aman, casi nunca se dan cuenta. Las mujeres siempre se convencen de que el hombre ideal es el amante de turno... cuando deciden hacerse tocar, alma y sexo se vuelven una sola cosa. Mientras que los hombres te meten mano sólo porque tienen ganas. Y si por desgracia se enamoran de ti, te vuelven un ser casi angelical: la única posible madre de sus hijos, pura, casta, la bailarina de la cajita musical, la cereza sobre la torta. Si te haces rogar, eres una calienta huevos, si aceptas enseguida eres una puta.

La MADRE se acerca y la cubre con el vestido.

MADRE: Mira el estado en que te has reducido. Ya nadie te quiere mirar. Seguro que es un castigo de Dios, pero no sé por cuál pecado. Hija mía ¿por qué no tratas, al menos una vez, de parecer una mujer como las demás?

LUCÍA: Mamá, dime solamente qué debo hacer para gustarte.

MADRE: ¿Lo harás? (El PADRE trae broches de ropa con los que le arreglan los

cabellos) Bueno, tienes que hacerte bella. No sé si saldrás bella, pero lo mejor que puedas, como salgas, salgas. Te haré un vestido, te llevaré a la peluquería, te lavaremos, te teñiremos, y haremos una fiesta, un baile, y te mostraremos totalmente cambiada a todos los idiotas que hasta hoy, apenas te veían, escapaban.

LUCÍA: Acepto.

Música. MADRE y PADRE le ponen broches en los cabellos. La peinan para los quince con los broches. Le traen el vestido blanco.

PADRE: ¿Qué vestido quieres?

LUCÍA: Una túnica suelta de velo negro. Un velo espeso porque debajo estaré desnuda. Libres los brazos y los hombros... el pecho apenas cubierto.

MADRE: Ese es un vestido de Erinia, de Bacante. No te lo permito.

PADRE: Para el primer baile el vestido debe ser blanco, o rosa, o celeste, y castísimo. ¿Entonces?

LUCÍA: Está bien, blanco.

MADRE: Sin escote.

LUCÍA: Bueno, que me cubra el cuello.

PADRE: Que no sea transparente.

LUCÍA: Como una lápida opaca. Amém. (LUCÍA se prueba el vestido) Parezco un recién nacido.

MADRE: ¿Y acaso este no es tu verdadero nacimiento? ¿La entrada en tu mundo de mujer?

LUCÍA: Ay mamá ¿cómo haces para saber tantas frases? Yo quería un vestido negro. Este lo voy a ensuciar, estoy segura. Un vestido negro para el final de mi única infancia.

MADRE: Por Dios, ¿no te basta la infancia que tuviste? ¿Cuántas querrías?

Agradece a Dios que tu infancia acabó y que ahora te comportas juiciosamente.

LUCÍA: No creía que enterrar a un niño fuera algo divertido. Es perverso divertirse frente a la agonía de un niño.

PADRE: (Murmura) Mi hija es rabiosa. Tengo que cuidar que no muerda a nadie.

LUCÍA: (Llevando el vestido y hablando con él) ¿Qué te han hecho? Vamos, a

representar la parte que nos ha sido asignada. (Lo pisa. Lo alza. Le agita el brazo, lo sacude) Pobrecito. Renuncio, por piedad filial, por cobardía, renuncio a la niñez. (LUCÍA deja caer el vestido) Comiencen, comiencen a castigar. Estoy delante de ustedes para esto. Reina equivocada que se conduce sola al patíbulo. (Camina, se le cae, lo sacude) ¿Qué te han hecho?

Lo tira dentro del baúl. Lo recoge, lo sienta apenas luego pega a la MADRE con el brazo del vestido. Luego al PADRE. Luego se lo apoya y lo quita con gritos y esfuerzo. Se mete en el baúl. Abandona allí el abrigo rojo. Se va. Entra el ABUELO. Se pone cerca del baúl.

ABUELO: ¿Lucía? ¿Me oyes? Al lado de este baúl habría que poner una lápida, con escrito: en memoria, y una vela debajo. Este baúl, tu refugio, allí se queda tu infancia. Desde que naciste supe que yo era responsable de tu vida con la mía. Pero yo era demasiado viejo para poder cumplirlo hasta el final. ¿Qué fuiste para mí, Lucía? ¿Una tregua, una resurrección? Cosas demasiado grandes para tus espaldas. Eras una niña nomás. Me había desacostumbrado. No recordaba lo que significaba que alguien te necesitara. Me fui, tú ya eras grande, era hora de morir. Espero que no te pierdas cuando yo no esté.

Abre el baúl. Está el abrigo.

ABUELO: Cuánto has crecido.

Va hacia delante. LUCÍA se pone el abrigo, lo sigue.

LUCÍA: Me había parecido oír tu voz. Me habías dicho que me ibas a esperar. Pero me diste las espaldas, dejaste de respirar, te fuiste. Yo me vi a mí misma ir detrás de ti, pero no me moví ni dije una palabra. Dentro de mí sabía... que en el fondo no te había perdido para siempre. Sabía también... que los dos nos hacemos carne para encontrarnos y perdernos. Es lindo volver a encontrarte. Bueno, ahora me tengo que ir. Chau chau. (Corre y se cierra en el baúl, luego lo abre. Tiene los anteojos con que imita a su MADRE) Esto es un empache. Lucía, un empache. Todo el tiempo estás hablando de ti, alrededor de tu ombligo nomás. Mientras que afuera hay otras cosas. Por ejemplo: fiestas... turnos en las fábricas... huelgas... hambre... drogas... películas... peluquerías... agronomía, astronomía... pornografía... gastronomía... es empalagoso, Lucía, no puedo ni

hablar, empalagoso Lucía...

La MADRE cierra el baúl. PADRE con cinta scotch envuelve los bancos y los percheros. Al ritmo de una música festiva, silbando, baila.

PADRE: Mi hija ya es una mujer. Está bien, le digo adiós. Se la van a llevar. ¿Qué puedo hacer? Que sea feliz. Siempre fui severo, pero porque la quise. Qué fiesta, siempre vas a acordarte de este día. Por amor, por amor Lucía. Mi Dios... un ratito más... que sea niña todavía. Nunca te voy a olvidar, nunca... Qué fiesta, qué hermosa fiesta.

MADRE: Llegan todos a la fiesta. Primos hermanos, tíos, abuelos, parientes desconocidos, amistades. Damas con vestidos antiguos, zapatos de charol.

PADRE: Todos están con hambre, pero por educación apenas se atreven a mojar una galleta en la salsa golf mientras añoran un buen picante.

MADRE: Llegó un senador, dos excelencias, un cardenal, un obispo.

PADRE: Los viejos atorrantes dicen estupideces y hacen la corte a las chicas.

LUCÍA abre el baúl. Está encorvada adentro. Avanza de repente, tropieza con el scotch y cae el perchero. Retrocede. Se desenreda del scotch. Vuelve a avanzar y tropieza de nuevo. Cae un banco. Avanza y casi cae fuera de la escena. Se agita y luego escapa hasta desaparecer en el fondo. Luego reaparece corriendo hasta que deja sobre el baúl un corazón de piedra. Retrocede como si volara.

MADRE: Las chicas se aburren, quieren bailar con los jóvenes.

PADRE: Todos dicen estupideces. Cosas sin sentido. Todos se divierten.

MADRE: Todos beben y hacen cola para ir al baño.

PADRE: Mi esposa está totalmente histérica.

MADRE: Mi marido está nervioso y algo borracho.

PADRE: Mi mujer sonrío a las visitas como un mendigo que pide la limosna.

El PADRE envuelve a la MADRE con cinta scotch.

MADRE: Lucía apareces con el vestido destrozado, los tirantes descosidos, pedazos del velo cortado mal en las espaldas, como una reina que juega a la revolución,

El PADRE envuelve a la MADRE y a LUCÍA con cinta scotch, siempre como si danzara.

PADRE: Qué hermosa que está mi hija, distante, encantadora. Todos la miran. Festejemos, festejemos a mi hija.

LUCÍA hace grititos desarticulados. Caminan así, unidas por el scotch.

LUCÍA: Em portugués Parassitu, en inglés parasit. En francés: parasit. En polaco... en alemán... en italiano...

El ABUELO va al baúl lo cierra. Lo carga. Apoya el baúl. Se acuesta encima.

ABUELO: Este baúl me acompañó toda mi vida. Es lo único que se salvó de la guerra. Aquí guardaba mi madre las sábanas nupciales. Aquí escondí las pepitas de oro que arrancaba a la mina. Fue la cuna de mi hija, el refugio de mi nieta. Si pudiera hablar las cosas que contaría... diría todo. Si pudiera hablar debería quemarlo.

LUCÍA: (Dulcísima) Yo también voy a ser así. Yo también voy a estar llena de arrugas, me voy a cansar. Yo también me voy a morir.

LUCÍA sienta a la MADRE a la que ha colocado el abrigo rojo al lado del ABUELO. Se sienta del lado opuesto. Música. ABUELO y MADRE están abrazados. Se alzan y bailan. Bailan también LUCÍA y el PADRE. Se cargan entre ellos, se sostienen. Es una danza de heridos. También con el PADRE. La MADRE medio danza, cae, se levanta, va de rodillas. El ABUELO acuesta a LUCÍA en el baúl. La lleva como un féretro con los otros detrás, el PADRE ayudando a empujar, la MADRE carga el corazón de gelatina: es el funeral de la niña. El ABUELO alza el baúl. LUCÍA cae al suelo como un muerto en una tumba. La MADRE coloca delante de ella el corazón de gelatina. LUCÍA se alza, se lamenta y ríe moviendo su blusa.

LUCÍA: ¿Qué me importa de la infancia? ¡Ya pasó! Cada día la pierdo y cada día la reconozco. La cargo sobre mí a la infancia. La llevo puesta, a veces ella me empuja, a veces aparece en mis manos; otras veces me toco el rostro y me doy cuenta que la he perdido. Aparece mi abuela en mi rostro, regresa a mí, porque en realidad voy adelante para unirme a lo que yo pertenecía. Ya no soy mar, sólo una onda que avanza y retrocede en la playa. Algo se traga la tierra, algo regresa al agua. Ya no soy fuente de amor espontáneo. Ahora debo conquistarlo, estar a su altura, merecerlo, provocarlo. Ya no soy, ya no soy una niña. Y quiero saber que hago yo aquí, qué hacemos todos aquí, en este lugar, en este momento. Tan

lindo lugar.

Baila burdamente, sus PADREs intentan con ella intentan bailar con ella. No lo logran. Luego LUCÍA trastabilla y se sienta.

LUCÍA: Basta música. (La música se detiene. LUCÍA se duerme. Jadea en el sueño. PADRE y MADRE la miran desde los costados. Se van. También el ABUELO se va.

Se apagan las luces una a una de la escena. LUCÍA tira de la cuerda a la que está atado como un perrito, el corazón de gelatina. El corazón no se mueve.

Oscuridad.

César Brie. Correo electrónico: cesarbrie@pelicano.cnb.net

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Marzo 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar